

Flema. Cuando la etimología engaña

Francisco Cortés Gabaudan*

En griego *phlégma* φλέγμα significaba en origen ‘llama’, el valor etimológico de la palabra, pero a partir del s. v a. C. se empleaba para ‘humor acuoso y frío’ y se desterró el uso etimológico y originario. Si nos remontamos al indoeuropeo están etimológicamente relacionadas la palabra *flamma* del latín y *phlégma* del griego. Este cambio de significado no afectó en absoluto al verbo *phlégō* φλέγω de la misma familia etimológica, cuyo significado siempre fue ‘inflamar’, ‘prender fuego’. Como explicamos en el comentario de *inflamación* en este mismo número de *Panace@*, el calor está asociado a las inflamaciones y de ahí que el griego usara términos derivados de *phlégma* ‘llama’ para expresar la idea de hinchazón con calor, como es el caso del verbo *phlegmaínō* φλεγμαίνω o el sustantivo *phlegmónē* φλεγμόνη —cuyo heredero es *flemón* en español—.

Dado que en la práctica no se usaba *phlégma* para decir ‘llama’ —en realidad solo hay un uso registrado de ese significado, un único pasaje de Homero, del siglo VIII a. C.—, era fácil que se produjera un proceso que los lingüistas llaman derivación inversa o regresiva: se pensó que si *phlegmaínō* significaba ‘inflamarse’ y *phlegmónē* ‘tumoración caliente’ y eran derivados de *phlégma*, lo lógico era pensar que *phlégma* quería decir ‘inflamación’. Ese fue el valor normal de la palabra a partir del siglo v a. C.; después, por un proceso metonímico frecuente, esa misma palabra pasó a designar también el ‘líquido que provoca esas inflamaciones’, podía ser un líquido algo espeso en caso de que fuera purulento, o muy acuoso, como el de una ampolla. En cualquier caso esa *phlégma* era acuosa y por eso se le atribuyeron las propiedades del agua, es decir, en la concepción de los cuatro elementos antiguos, humedad y frialdad.

Hay testimonios que demuestran que hubo autores del siglo v a los que les llamó la atención la contradicción entre el significado de *phlégō* ‘prender fuego’, ‘quemar’, y *phlégma* como ‘humor frío’. Así, sabemos que Filolao, un pitagórico del v a. C., afirmaba que, a pesar de que la mayoría dijera que la *flema* era fría, él afirmaba que por naturaleza era caliente, puesto que *phlégma* está relacionado con *phlégō*. El criterio que usaba era puramente etimológico, pero en aquellos momentos, cuando no se consideraba que el signo lingüístico fuera arbitrario, se suponía que existía una relación conceptual intrínseca entre significantes relacionados. El médico Sorano, en el siglo I d. C., dice que *phlegmónē* ‘inflamación’ debe relacionarse con el verbo *phlégō* ‘arder’, ‘prender fuego’, y no con *phlégma*, como hacía el atomista Demócrito. Claro que, mientras que para Sorano *phlégma* significaba solo ‘humor frío y acuoso’, quizá para Demócrito tuviera todavía el valor originario de ‘llama’, es decir, quizá Sorano no se dio cuenta de que en realidad Demócrito estaba diciendo lo mismo que él. Los casos de Filolao, Demócrito o Sorano fueron muy excepcionales.

No es de extrañar. Según los principios de la teoría humoral y de los cuatro elementos, la oposición entre la flema y el calor era absoluta. Ya hemos explicado en el comentario dedicado a *humor* en esta misma revista¹ que el tratado hipocrático *Sobre la naturaleza del hombre* estableció una relación entre los cuatro elementos y los cuatro humores corporales. Los elementos se contraponen por parejas, así el fuego —cuyas propiedades son calor y sequedad— se contraponen al agua —humedad y frialdad—; de la misma forma la tierra —sequedad y frialdad— se contraponen al aire —calor y humedad—; se entiende muy bien en este diagrama:

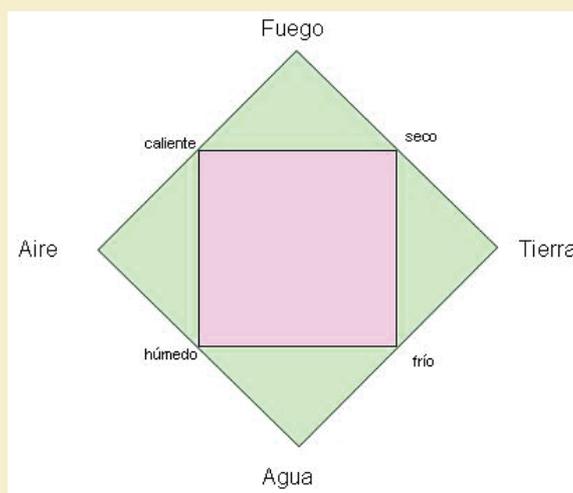


Imagen procedente de http://es.wikipedia.org/wiki/Cuatro_elementos

* Profesor de Filología Griega, Universidad de Salamanca (España). Dirección para correspondencia: corga@usal.es.

Cada uno de los cuatro humores corporales tiene un correlato en un elemento y tiene las mismas propiedades que ese elemento. Dice San Isidoro de Sevilla: «Sicut autem quattuor sunt elementa, sic et quattuor humores, et unusquisque humor suum elementum imitatur: sanguis aerem, cholera ignem, melancholia terram, phlegma aquam» («Igual que hay cuatro elementos también hay cuatro humores, cada humor, uno a uno, imita su elemento: la sangre el aire, la bilis el fuego, la bilis negra la tierra, la flema el agua»).

La bilis se relaciona especialmente con el fuego; por tanto, sus propiedades son calor y sequedad, de la misma forma que la flema se relaciona con el agua, por lo que sus propiedades son humedad y frialdad. Así pues, la contraposición entre fuego y agua es total, igual que lo es entre bilis y flema.

A partir de ese planteamiento filosófico —teoría de los cuatro elementos— y su correlato fisiológico —teoría de los cuatro humores—, no debe sorprendernos, por tanto, que en Hipócrates (v-iv a. C.) no haya ni atisbo de que la flema tenga que ver con el calor. Es todo lo contrario. Mientras que el exceso o acumulación de bilis es responsable de las enfermedades causadas por el calor, la flema lo es de las provocadas por el frío, de modo que bilis y flema son los dos humores cuya acumulación o exceso provocan más enfermedades. Dice Hipócrates (*De morbis* 2.11): «La flema baja de la cabeza y la cabeza la atrae del cuerpo y la atrae hacia sí cuando se recalienta y se recalienta por las comidas, el sol, penalidades y fuego».

El pasaje es muy ilustrativo. Puesto que se observa que en los catarros fluye flema de la nariz, lo lógico es pensar que la flema se acumula en la cabeza. Pero ¿por qué? Muy sencillo: porque el cerebro funciona como un regulador de la temperatura; por ello, cuando se recalienta empieza a absorber flema del resto del cuerpo para intentar enfriarse; esto provocará una acumulación y exceso de flema en la cabeza que hará que uno empiece a moquear y verter líquido por la nariz. Tan simple como eso². En fin, que la flema es como el agua del motor de los coches, es el refrigerante, mientras que el cerebro es el radiador. La explicación hipocrática abarca más porque se relacionan los humores con el tiempo meteorológico estacional. ¿Cuándo hay más humedad y frío? En invierno, evidentemente. Pues también es invierno cuando más catarros hay y más se moquea porque la meteorología estacional propicia acumulación y exceso de flema. En el comentario citado de *humor* mencionamos que la enfermedad en la concepción hipocrática se producía por un desequilibrio en la proporción de los cuatro humores.

Estas explicaciones que hoy nos parecen más literarias que fisiológicas estuvieron vigentes sin que nadie las cuestionara hasta el siglo XVIII. De la misma forma que lo estuvo la relación entre el carácter de las personas y la constitución humoral. Por tanto, igual que las personas en las que domina la bilis en su constitución tienen un carácter colérico, y en las que hay más sangre lo tienen sanguíneo, y en las que predomina la bilis negra son melancólicas, pues la preponderancia de la flema se manifestará en un carácter flemático.

El término se tradujo a latín como *pītuīta*. En época tardía, en los siglos IV y V d. C., se usó directamente la transliteración griega, *phlegma*, con lo que ambos términos conviven en latín con idénticos significados. Ya se ha dicho que allá por el año 600 estaba en uso en España (San Isidoro), por tanto no debe extrañarnos que esté documentado ya en castellano en Alfonso X el Sabio, hacia 1250. En efecto, afirma a propósito de la piedra llamada *zarukutaz* que «Et si los poluos della soplaren a alguno en las narizes; purga la cabeça de flema» (*Lapidario*).

Sobre la concepción hipocrática de la enfermedad recomendamos una lectura excelente: *La medicina hipocrática*, de Pedro Laín Entralgo, actualmente descatalogada³.

© Francisco Cortés Gabaudan. <dicciomed.eusal.es>. Universidad de Salamanca

Notas

1. Cortés Gabaudan, Francisco (2008): «Humor: traducción y parecido fonético», *Panace@*, IX (27): 63. <http://www.medtrad.org/panacea/IndiceGeneral/n27_entremeses-gabaudan.pdf> [consulta: 10.V.2015].
2. Sobre la concepción de la flema en Hipócrates, *vid.* J. Jouanna (1974): *Hippocrate : pour une archéologie de l'école de Cnide*. París: Les Belles Letres, pp. 92 y ss.
3. Laín Entralgo, Pedro (1982): *La medicina hipocrática*. Madrid: Alianza. La segunda edición, de 1987, también está descatalogada.

